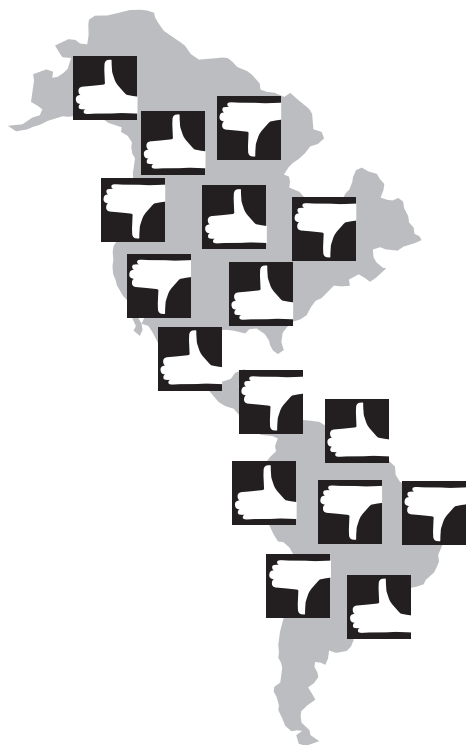


ECUADOR Debate₁₁₂

Quito/Ecuador/Abril 2021

Polarizaciones populistas en las Américas



Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021

Elecciones Ecuador 2021 ¿Un retorno a la fragmentación e ingobernabilidad?

Sobre “nuevas” y “viejas” pandemias en América Latina

Conflictividad socio-política:
Noviembre/2020-Febrero/2021

Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales

Trump y la polarización populista

“Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”. El populismo de Jair Bolsonaro

Polarización como base del populismo: el caso de México

La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo

Consolidando el poder en El Salvador: El caso de Nayib Bukele

Agricultura campesina de la Costa ecuatoriana: realidades y perspectivas

El *ethos* barroco y la historia del Nuevo Mundo

Riesgos e implicaciones estructurales del fenómeno de la corrupción en América Latina

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$, 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

ARMADO E IMPRESIÓN

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN: número 112: 978-9942-963-57-4



ECUADOR DEBATE 112

Quito-Ecuador • Abril 2021

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-57-4

PRESENTACIÓN 3 / 10

COYUNTURA

- Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021 11 / 23
Julio Echeverría
- Elecciones Ecuador 2021 ¿Un retorno a la fragmentación e ingobernabilidad? 25 / 45
Juan Francisco Camino A.
- Sobre “nuevas” y “viejas” pandemias en América Latina 47 / 58
Santiago Leiras
- Conflictividad socio-política: Noviembre/2020-Febrero/2021 59 / 65

TEMA CENTRAL

- Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales 67 / 72
Carlos de la Torre
- Trump y la polarización populista 73 / 88
Carlos de la Torre
- “Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”. El populismo de Jair Bolsonaro 89 / 111
Ursula Prutsch
- Polarización como base del populismo: el caso de México 113 / 138
Alberto J. Olvera
- La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo 139 / 156
Margarita López Maya
- Consolidando el poder en El Salvador: El caso de Nayib Bukele 157 / 173
Vaclav Masek y Luis Aguasvivas

DEBATE AGRARIO RURAL

- Agricultura campesina de la Costa ecuatoriana: realidades y perspectivas 175 / 194
Rafael Guerrero Burgos

ANÁLISIS

- El *ethos* barroco y la historia del Nuevo Mundo 195 / 210
Omar Bonilla y Elena Galvez
- Riesgos e implicaciones estructurales del fenómeno
de la corrupción en América Latina 211 / 220
Tatiana Suárez B.

RESEÑAS

- ¡Así encendimos la mecha! Treinta años del levantamiento
indígena en Ecuador: una historia permanente 221 / 222
- Hegemonías y subalteridades urbanas.
La configuración metropolitana de Quito 223 / 229

Trump y la polarización populista

Carlos de la Torre

Entendiendo el populismo como un estilo de hacer política y, una retórica, performance y estrategia que representa la política, en tanto una lucha entre el pueblo y la oligarquía o las élites, el artículo parte de una breve definición del populismo, para posteriormente identificar, las características de este, en los Estados Unidos; a partir de ello, se analizan las condiciones que hicieron posibles la asunción de Donald Trump al poder, señalando además, la profunda polarización que vive el país, y como esta, puso en jaque a una de las democracias más sólidas.

Dos perspectivas han dominado el estudio del populismo en los Estados Unidos. La primera, ve al populismo del *People's Party* de los 1890, como un movimiento democratizador que se opuso al capital financiero, creó espacios de democracia participativa, forjó cooperativas de pequeños agricultores y sindicatos obreros (Grattan, 2016; Postel, 2016). La otra perspectiva, enfatiza su estilo paranoico de hacer política basado en las teorías de la conspiración, la demonización de los enemigos y en proyectos que buscan reconstruir un pasado imaginado como glorioso (Hofstadter, 1955; Bell, 1955).

Un legado de los debates sobre el populismo del siglo XIX, es que el término se usa para describir un estilo de hacer política y, una retórica usada por movimientos sociales y políticos (Grattan, 2016; Lowndes et al., 2017). Presidentes con ideologías diferentes como Nixon, Reagan, Clinton, Obama y Trump han sido caracterizados como populistas. De manera similar, el *Tea Party* que se opuso a los programas de ayuda a los más pobres y a *Occupy Wall Street*, movimiento que asumió representar al 99% de la población explotada, en contra del 1% que controla la riqueza, han sido considerados populistas. No sorprende que algunos académicos, restrinjan este término para analizar un momento histórico determinado a finales del siglo XIX o simplemente lo abandonen (Skocpol y Williamson, 2012; Hochschild, 2016).

Al contrario que en Europa y América Latina, donde el término populismo tiene connotaciones negativas asociadas a la irracionalidad de los líderes y sus seguidores, en los Estados Unidos los políticos lo usan para autoidentificarse de manera positiva. Criticando al candidato Donald Trump, el presidente Obama manifestó: “me importa la gente pobre que trabaja muy duro y no tienen oportunidades para avanzar [...] supongo eso me hace un populista” (Ostiguy y Kenneth, 2016: 46). No sorprende que la izquierda y los progresistas se negaran a calificar a un millonario xenófobo y machista como populista. Paul Krugman escribió, por ejemplo, “paren

de llamar populista a Trump” (2018). Luego del triunfo electoral del 2016, Stephen Bannon manifestó, “Trump es el líder de una insurrección populista. Lo que Trump representa es la restauración del verdadero capitalismo y una revolución en contra del socialismo estatal. Las élites se han llevado todo empujando a las clases media y trabajadoras hacia el fondo” (Green, 2017: 236).

El triunfo de Trump desacreditó las interpretaciones del excepcionalísimo americano. Hasta su elección, el populismo estaba confinado a los márgenes del sistema político. Estados Unidos tiene una tradición de vigilancia entre las distintas áreas gubernamentales, para controlar el poder político. La Constitución divide el poder en tres ramas; las elecciones están espaciadas; el poder se reparte entre los estados y el gobierno federal y, hay dos partidos dominantes. Durante la presidencia de Trump, la confrontación decantó en una insurrección y en un fallido golpe de Estado el 6 de enero del 2021, cuando se negó a reconocer su derrota en las urnas.

Este trabajo luego de definir brevemente el populismo resume su historia en los Estados Unidos.

Luego se analizan las condiciones que hicieron posible el Trumpismo. A continuación, se estudian cómo se ligan el líder con sus seguidores, la construcción de la categoría “el pueblo” y los debates sobre los efectos de Trump en la democracia.

¿Qué es el populismo?

Entiendo al populismo como una retórica, performance y estrategia que representa la política como una lucha entre el pueblo y la oligarquía o las élites. La lógica populista crea identidades políticas populares polarizando la política en dos campos antagónicos, simplificando las complejidades de la sociedad en tanto lucha entre amigos y enemigos y, apuntando a la ruptura del orden institucional para forjar instituciones alternativas (Laclau, 2005). El líder populista se presenta como la encarnación del pueblo y como quien lo guiará a la redención de la dominación oligárquica. Un sector de la población, los que se sienten excluidos del sistema, pretende representar a todo el pueblo.

No todos los populismos son iguales. Los de derecha como es el caso de Trump, construyen al pueblo con criterios étnicos, raciales y culturales; los de izquierda, forjan al pueblo con criterios socioeconómicos (De la Torre, 2018). Diferencié analíticamente al populismo como movimiento que buscan llegar al poder, de los gobiernos populistas y de los regímenes populistas. Cuando buscan llegar al poder, los populistas politizan temas que no eran vistos como políticos y prometen devolver el poder al soberano. Una vez que llegan a la presidencia la lógica populista basada en

la polarización -en la visión de que un sector de la población, constituye el pueblo que está encarnado en un líder que se enfrenta a enemigos-, provoca confrontaciones con las instituciones de la democracia liberal que protegen el pluralismo, las libertades de expresión y asociación. Si los populistas logran cambios institucionales y constitucionales para concentrar el poder en la presidencia, regular a los medios privados y a las organizaciones de la sociedad civil, como por ejemplo, el del primer peronismo 1946-55, el chavismo 1999-2013 y el correísmo 2007-2017. Estos regímenes se basan en la premisa que las elecciones son la única fuente de legitimidad democrática, junto a la visión del líder como la encarnación y la única voz autorizada para hablar en nombre del pueblo. Como se argumentará en este trabajo Trump no logró crear un régimen populista.

Breve historia del populismo en los Estados Unidos

El Partido Populista fue una alianza de sindicatos obreros, confederaciones de agricultores, grupos de mujeres, grupos en contra del consumo de licor y a favor de la sobriedad y otras organizaciones reformistas. Fue un movimiento de protesta que debido a la falta de un líder se quedó en los márgenes del sistema político. Se caracterizó por innovaciones democráticas como la educación política a los de abajo, las cooperativas y su activa participación en huelgas. La teórica política Laura Grattan, lo caracteriza como “uno de los movimientos democratizadores más importantes en la historia de los E.U. debido a su cultura ‘movimientista’” y a la creación de instituciones democráticas participativas alternativas (2016: 33). Sin embargo, al ser un tercer partido en un sistema bipartidista, no le fue tan bien en la lucha electoral. En 1892, James Weaver obtuvo el 8.5% de los votos ganando mayorías en algunos estados. En 1894, el partido ganó 7 congresistas y un senador. En 1896, se aliaron con el Partido Demócrata en la candidatura de William Jennings Bryan. Luego del fracaso electoral, el partido que se había dividido entre facciones que estaban a favor y en contra de la alianza con los demócratas, se desintegró.

Los populistas americanos del siglo XIX, buscaron restablecer una edad de oro perdida. Este movimiento se basó en visiones maniqueas que atribuyeron atributos demoniacos a sus enemigos y, en convicciones morales que transformaron al odio en una especie de credo político (Hofstadter, 1969). Usaron argumentos “productoristas” para distinguir entre los sectores que viven de su trabajo manual y, los parásitos como el capital financiero que se apropian del trabajo de los productores.

La derecha se apropió del discurso populista después del movimiento de los derechos civiles de los años sesenta de la década pasada. George Wallace, gobernador

de Alabama que luchó abiertamente en contra de la integración racial, fue candidato a las primarias demócratas en los años sesenta y participó como candidato, de un tercer partido en 1968, obteniendo alrededor del 10% de los votos en cada elección. Confrontó al pueblo trabajador con los intelectuales, anarquistas y burócratas. Politizó el miedo de los blancos a la integración con afroamericanos en los barrios y escuelas, así como el rechazo a los grupos militantes de los derechos civiles y, en contra de la guerra del Vietnam como un riesgo para la nación. Exageró su acento sureño, usó un estilo chabacano y provocó violencia en sus reuniones políticas. Wallace dio forma e “identidad al populismo de los E.U., que seduce transgrediendo las normas del comportamiento político respetable, permitiendo desacatos a las normas políticas impuestas por las estructuras del poder político liberal, que son percibidas como coercitivas, condescendientes y represivas” (Lowndes et al., 2017: 240).

El *Tea Party* emergió en el 2008 y se consolidó un año después. Integró a organizaciones de base, cadenas de comunicación de derecha como *Fox News* y a multimillonarios como los hermanos Koch que subvencionaron este movimiento. El *Tea Party* fue una reacción a la presidencia del primer afroamericano en los Estados Unidos. Muchos de sus miembros negaron que Barak Obama sea ciudadano americano. Los miembros del *Tea Party* mostraron a Obama como “un invasor pretendiendo ser americano... Sus méritos académicos y sus contactos con las élites intelectuales cosmopolitas les parecieron las de un traidor a la patria” (Skocpol y Williamson 2012: 79). El *Tea Party*, fue además un movimiento de protesta en contra de las políticas públicas de Obama, como el plan de rescate a las personas que no pudieron pagar sus hipotecas y sobre todo a su programa de salud. Estos proyectos, fueron vistos como dádivas a sectores de la población que no trabajan ni pagan impuestos que viven de las contribuciones de quienes trabajan duro y no les alcanza. Las políticas públicas de Obama, fueron representadas como ataques de las élites liberales a los verdaderos ciudadanos blancos que cumplen la ley y pagan sus impuestos. Sus construcciones del verdadero pueblo productivo, excluyeron a quienes supuestamente viven de la beneficencia: los negros, latinos, y los inmigrantes indocumentados.

Skocpol y Williamson, señalan que en el 2011 al menos 804 grupos del *Tea Party* estaban activos. Sus miembros fueron predominantemente blancos, personas de edad media con niveles relativamente altos de educación e ingreso. Sectores ultraconservadores y fundamentalistas protestantes, preocupados por los temas de las guerras culturales como el aborto y el matrimonio gay, coexistieron con grupos libertarios que están en contra de pagar impuestos, del control estatal de la economía y que demandan más libertades civiles incluyendo la legalización de la marihuana. Las organizaciones del *Tea Party*, desdeñaron el pluralismo y consideraron que los demócratas eran anti-patriotas. Diferenciaron entre el pueblo trabajador y los que se

aprovechan de los impuestos, vieron con recelo la inmigración masiva y la presencia de musulmanes tachados de terroristas. Su visión de la realidad fue fuertemente influenciada por el canal de noticias *Fox*, que representa una América en manos de inmigrantes indocumentados que son criminales, de terroristas musulmanes y de grupos violentos negros que tienen acorralados a los verdaderos patriotas y ciudadanos blancos. Los miembros del *Tea Party* se destacaron por sus *performances* de rabia y miedo (Grattan, 2016; 152). Tienen terror de perder su estilo de vida y los privilegios de ser hombre blanco heterosexual y cristiano (Ídem: 216).

Donald Trump, que fue un activista del movimiento que negó que Obama sea ciudadano americano, irrumpió en contra del consenso del neoliberalismo multicultural. Prometió dar fin a los tratados de libre comercio, hacer que las industrias manufactureras regresen o no se vayan de los E.U. En sus discursos manifestó, “ya no somos ganadores, no producimos nada. Estamos perdiendo tanto” (Lowndes 2016, 99). Atacó a corporaciones como Ford, Apple, Nabisco y Carrier por producir fuera del país. Su crítica nacionalista a la globalización fue de la mano con un discurso racista en contra de los mexicanos, término que agrupa a la población latina de los Estados Unidos, y en contra de los musulmanes. Lanzó su campaña en la Torre Trump manifestando, “cuando México manda a su gente no mandan a los mejores. Traen drogas, crimen, son violadores, y asumo algunos son buenas personas” (Trump, 2016). Llamó terroristas a los musulmanes y prometió monitorear a todos los que viven en los E.U., y regular la entrada de quienes busquen ingresar al país. Su retórica buscó dar fin con los discursos de reconocimiento cultural a diferentes poblaciones oprimidas como las mujeres, los afroamericanos, los hispanos, y las comunidades LGTBQ. Politizó el resentimiento de los electores blancos y buscó dar fin a la esfera pública diversa e incluyente, que se fue forjando debido a las demandas de los nuevos movimientos sociales, desde los años sesenta.

Su discurso, fue aceptado por electores blancos que se sintieron relegados por la globalización y los cambios a una sociedad post industrial. Su base de apoyo, sin embargo, no se limitó a los perdedores de la globalización y a los blancos pobres, poco educados y rurales. Fue apoyado por sectores blancos de clase media que sintieron que no recibían los beneficios económicos y sociales que se merecían. Consideraron que los negros, los hispanos, los gays y lesbianas, eran los beneficiarios de políticas de discriminación positiva que marginaban a los hombres blancos y heterosexuales. Muchos “se sentían culturalmente marginalizados: sus opiniones sobre el aborto, el matrimonio gay, los roles de género, raza, el derecho a portar armas y la bandera Confederada, eran ridiculizados por los medios como atrasados. Se sintieron además como un grupo demográfico en declive... Se sentían como una minoría acorralada” (Hochschild, 2016: 221). El triunfo de Trump, el “candidato de la política

de identidad de los hombres blancos” (Ídem: 230), marcó el inicio de una nueva era proteccionista, nacionalista, xenófoba y de regreso a un pasado mítico, previo a las conquistas de reconocimiento cultural de los nuevos movimientos sociales.

Su estilo de gobierno fue patrimonialista y gobernó como se dirige una empresa familiar “con poca distinción entre los intereses públicos y privados, del líder que usa favores para asegurar la lealtad de sus seguidores y dependientes” (Riley, 2018: 25). Esperó que los políticos de su partido y los burócratas sean fieles al presidente, y no a los roles de sus puestos en las dependencias en el Estado. La corrupción fue una forma de gobernar, pues el presidente usó sus hoteles y clubs privados para ofrecer recepciones estatales y, de la presidencia para sus negocios nacionales e internacionales. Se refirió a su residencia privada de Mar-a-Lago, como la Casa Blanca de Invierno, donde recibió a dignatarios extranjeros usando los erarios públicos (Confessore et. al., 2020). Funcionarios públicos, tildados por sus seguidores como el estado profundo, resistieron a las políticas de Trump. Según Bannon, el estado profundo “es un Leviatán que busca mantener en desventaja al hombre común” (2018:12). La idea de que la burocracia estatal es una marisma controlada por élites diabólicas, fue articulada por los seguidores del movimiento *QAnon*, consideraban que élites pedófilas y corruptas que adoran al demonio, buscaban destruir a Trump, que fue percibido como el único con la fuerza y las aptitudes para salvar América (Rosenberg, 2020).

La convención Republicana del 2020, ilustró gráficamente como el partido se había convertido en una operación familiar en la que sus hijos, nueras e hijas, tuvieron más protagonismo que las élites del partido. Trump domina a los republicanos con su carisma y el miedo de los políticos a despertar su ira y que les quite el apoyo, pues pese a su intento de golpe de Estado, los seguidores del partido le siguen idolatrando.

Las crisis

Los populistas dramatizan diferentes crisis, para presentarse como los únicos que pueden resolverlas, para liberar al pueblo (Moffitt, 2016). En los Estados Unidos se dieron tres crisis. La primera, es de larga duración, se corresponde a las identidades raciales y sexuales; la segunda, tiene que ver con las desigualdades provocadas por el neoliberalismo y, el fin del trabajo sindicalizado bien pagado, con posibilidades de movilidad social. La tercera, es la falta de confianza en los partidos políticos y la erosión del votante medio del centro. Estas crisis, han provocado la polarización política y la reducción de las normas informales basadas en “la tolerancia mutua, el entendimiento que los partidos compiten legítimamente y, que los políticos tienen que usar moderación y cuidarse de no usar todas sus prerrogativas institucionales” (Levitsky y Ziblatt, 2018: 8-9).

El populismo de derecha en los E.U., es una reacción a los movimientos de los derechos civiles, igualdad de género, del control del cuerpo y la sexualidad que transformaron las nociones tradicionales sobre el ser y la sociedad. Políticos de derecha, intelectuales, organizaciones de la sociedad civil e instituciones religiosas, buscaron dar fin a los cambios culturales y sociales politizando las identidades blancas, patriarcales y cristianas como las únicas moralmente deseables. A los afroamericanos y otras minorías étnicas, se les construyó como parásitos que viven del trabajo y de los impuestos pagados por los blancos y, de las dádivas que les dan las élites liberales, a cambio de su voto. Las feministas y los grupos LGTBQ fueron vistos como perversos y enemigos morales de los valores de la verdadera familia americana, que es y debe ser patriarcal y cristiana. Se asumió que la identidad de América es cristiana. Con el paso de los años se aceptó a los católicos como cristianos y, en menor medida a los judíos como parte de la civilización judeocristiana, mientras que los musulmanes, serán vistos como un riesgo independientemente de cómo vivan su fe. La sociedad americana se polarizó en guerras culturales sobre identidades raciales, étnicas y religiosas y en estilos de vida vistos como irreconciliables y antagónicos. La lucha política fue sobre valores morales y religiosos, difíciles de reconciliar.

Trump fue también producto de los cambios en la estructura ocupacional, que pasó de ofrecer trabajos bien pagados y con beneficios en las fábricas, a trabajos en servicios, con salarios muy bajos y sin opciones de movilidad social. Esto provocó reacciones a la exclusión y pérdida de influencia (ya no importamos), de irrelevancia económica y decline de la seguridad material y ocupacional (Cohen, 2019: 10). Trump y el *Tea Party*, politizaron estos miedos y angustias construyendo sobre los inmigrantes, los no blancos, las feministas y activistas LGTBQ, la figura del otro indeseable, no americano y peligroso.

Desde los años cuarenta del siglo pasado y pese a intentos de insurrección populista, como los de Wallace en los años 60, la democracia se sostuvo en dos partidos más pragmáticos que ideológicos, que competían por el voto de los ciudadanos de centro que podían apoyar a cualquiera de los dos partidos. Éstos buscaban coaliciones, reconocían la legitimidad de sus rivales y rehuían la polarización. Los movimientos sociales de los 60 y 70 cambiaron esta dinámica, transformando a los partidos en partidos-movimientos (Kenneth, 2016). Mientras que los afroamericanos, los latinos, mujeres y grupos LGTBQ se juntaron en el Partido Demócrata, el Partido Republicano se transformó en un partido de derecha fundamentalista, promercado, en el que los evangélicos y los nacionalistas blancos fueron cada vez más influyentes. Los partidos se polarizaron ideológicamente alrededor de valores religiosos, identidades raciales, localización geográfica urbana o rural y estilos de vida (Levitsky y Ziblatt, 2018: 167). Los demócratas son más seculares, urbanos y multirraciales,

mientras que los republicanos son blancos, cristianos y a favor de nociones tradicionales de la familia y la sexualidad.

Se instituyeron las elecciones primarias que dieron oportunidades a los activistas para controlar las agendas de sus partidos. A diferencia de las élites del Partido Demócrata, que sometieron la insurgencia de izquierda alrededor de Bernie Sanders en el 2016 y 2020, las élites republicanas no pudieron controlar a Trump y a sus seguidores radicalizados que se tomaron el partido. Por lo tanto, “la autocracia de Trump es la punta del iceberg y no la raíz del problema. Es la manifestación más visible de corrientes culturales y cambios institucionales que han alterado la democracia americana, creando niveles de incertidumbre sin precedentes sobre su sobrevivencia” (Kenneth, 2016: 134).

Los nexos populistas: organizaciones, carisma y medios

A diferencia de estudios que redujeron el populismo a la irracionalidad de quienes siguen ciegamente a un líder carismático y, a quienes simplifican la política en intercambios instrumentales entre líderes y seguidores, es necesario analizar los mecanismos que los vinculan. A continuación, se combina el estudio de las emociones y de iteraciones estratégicas, diferenciando los nexos populistas en organizaciones, el carisma y su uso novedoso de los medios de comunicación.

Organizaciones

El *Tea Party* –como se señaló–, fue en gran parte un movimiento que surgió desde las bases conservadoras de la sociedad (Grattan, 2016: 151). Fueron las bases locales del Trumpismo, quienes compartieron la demanda de “vivir otra vez en un país como el de los recuerdos de su niñez o juventud. Su rabia se concretó en la determinación de reconstruir esta imagen del pasado” (Skocpol y Williamson, 2012: 75). Las iglesias evangélicas fueron una de sus bases organizativas, miraron en Trump la posibilidad de frenar la secularización del país y poner jueces en contra del aborto y del matrimonio gay. Además, como se indicó anteriormente, el Partido Republicano se transformó en su empresa familiar y Trump logró expandir las bases del *Tea Party* de la clase media a los trabajadores blancos, logrando así la mayor participación electoral republicana en la historia.

Carisma

Trump siempre se refirió a su calidad de persona extraordinaria, pues había triunfado en esferas casi místicas del capitalismo americano: los negocios, la farándula y la cultura de masas. En palabras del periodista de CNN Chris Cillizza (2019) “es un fenómeno de la cultura pop... una especie de estrella de rock”. Trump arrancó la campaña del 2016 manifestando: “necesitamos un gran líder. Un líder que escribió ‘el arte de hacer negocios’. Necesitamos alguien que haga la marca de los Estados Unidos grande otra vez”. Exhibió con descaro su fortuna. Bautizó a edificios, aviones, hoteles, casinos y canchas de golf con su nombre, fue el propietario de la franquicia de Miss Universo, y fue una celebridad mediática en la serie *El Aprendiz*. Muchos que asistieron a sus actos de masas, se asombraron de estar en la presencia de un hombre como él (Hochschild, 2016: 226). Pese a su fortuna, Trump comparte los gustos de la gente común, pero es increíblemente superior que todos ellos. Por ejemplo, como a muchos le gusta la lucha libre, pero solo él fue consagrado con honores a la WWE como una institución de la lucha libre (Oster, 2016).

Al igual que otros populistas, Trump personalizó la política como una lucha maniquea entre el bien y el mal. Llamó a Hillary Clinton “la corrupta Hillary” y a Biden “sleepy Joe” o dormilón. A diferencia de sus rivales demócratas que utilizaron lenguajes sofisticados y argumentos técnicos para hablar de la economía o de política exterior, Trump usó lugares comunes y generalidades. Para hacer que América sea grande otra vez, argumentó que se necesita un líder excepcional como él, un triunfador en el mundo de los negocios y de la farándula que no esté corrompido por el establecimiento político. Apeló a las emociones y representó las elecciones como un match de lucha libre entre él y la corrupción de la política, encarnada en la “corrupta Hillary” y el inepto Joe que por su miedo al COVID nunca salió del sótano de su casa. Para ganar el voto latino en Florida, calificó a Joe Biden de comunista y politizó el miedo blanco al movimiento en contra de la violencia policial *Black Lives Matter*, prometiendo ley y orden.

Los discursos políticos son espectáculos halagadores centrados alrededor de la figura del político y, los mítines son espacios de celebración de su liderazgo. Se busca entretener, divertir y, sobre todo, hacer sentir bien a los concurrentes. Donald Trump durante sus campañas electorales en el 2016 y 2020, así como en los mítines de masa que dio a lo largo de su presidencia repitió muchas veces, “divirtámonos esta noche”. Sus actos de masas combinaron el espectáculo del comediante y estrella pop, con la euforia de antes de un partido deportivo y la tensión de la posibilidad de confrontaciones violentas. Trump incitó a que sus seguidores golpeen a quienes protestaron en sus actos. En la campaña del 2016 manifestó, “me gustaría pegarle en la cara”, “sácale la madre, ok, yo pago los gastos legales”.

Los líderes populistas comparten un estilo varonil, confrontador, machista y poco favorable para los pactos y los compromisos. Invocan varias imágenes de su súper-masculinidad: el macho seductor, el empresario exitoso con los pantalones bien puestos y sobre todo, ser los padres de la patria. Trump se vanaglorió de manosear a cualquier mujer deseable y descalificó a Hillary Clinton por ser una mujer mayor y no apetecible. Los líderes populistas dicen ser los padres de la patria. Como señala Karen Kampwirth (2010), la figura del padre debe ser protectora, fuerte, sabia y responsable. Pero también transforma a los ciudadanos en niños que necesitan de su tutela y que si no obedecen al padre sabio y bondadoso, pueden ser regañados y hasta castigados. Los padres además no son figuras temporales, sino de por vida. La misión de los patriarcas populistas nunca termina pues tienen que cuidar y velar por el bienestar de sus hijos, aún después de su muerte.

Los medios

El *Tea Party* se benefició de la desregulación de los medios que permitió a los evangelistas crear sus propios canales y la emergencia de la televisión por cable, en particular *Fox News* que empezó a operar en 1995, transformando las noticias. En lugar de gastar en reporteros, produjeron programas en estudio en los que se buscó un contenido provocador como las teorías de la conspiración de Glenn Beck, para que no se cambie de canal. Fox dio cobertura al *Tea Party* dejando de lado los valores del periodismo convencional como son la objetividad, el balance o la importancia de la noticia. Entretenen a sus audiencias conservadoras con imágenes y palabras que reiteran sus puntos de vista. Si bien Fox y los noticieros del internet no han desplazado totalmente al periodismo profesional, han creado nichos informativos que son la mayor fuente de noticias para su público.

Antes de llegar a la presidencia, Trump tuvo una larga relación con *Fox News*. Desde el 2011 fue un invitado regular al programa *Fox and Friends* y tuvo un segmento titulado Las mañanas del lunes con Trump (Peck, 2019: 226). Esta cadena se volvió el canal oficial de su administración, hasta que se enfadó cuando Fox no le declaró ganador en las elecciones del 2020.

Con Trump se fusionaron las lógicas de la política y del entretenimiento, transformando a su administración en un espectáculo mediático. Fue el primer candidato y presidente que gobernó como si estuviese en un *reality show* (Kellner, 2016: 5). El presidente manufacturó enemigos y fue el centro de las noticias, sobre todo cuando los periodistas se obsesionaron con su último *Tweet*. Jared Kushner, su yerno y asesor, señaló que Trump controló las noticias porque “la controversia eleva el valor del mensaje” (Woodward, 2020: 259). Con Trump las cadenas de televisión hicieron un

gran negocio: CNN ganó 1 billón de dólares en el 2016 y Fox 1.67 billones en ese año (McIntyre, 2018: 91). El director de la cadena CBS dijo que Trump puede ser negativo para América, pero que es excelente para CBS.

Desde la presidencia amenazó con usar leyes en contra de la difamación, señaló que los medios eran los enemigos del pueblo americano, les acusó de publicar noticias falsas y pidió a sus seguidores que solo confíen en sus palabras. Usó *Twitter* para comunicarse directamente con sus seguidores. El 62% de adultos estadounidenses reciben sus noticias de las redes sociales y un 71% de *Facebook* (McIntyre, 2018: 94). Con la proliferación de nichos informativos no hace falta crear monopolios mediáticos para controlar la información. Es suficiente dominar los nichos de los seguidores que, en un contexto de postverdad, importan más los sentimientos que los datos objetivos, pueden vivir en mundos paralelos. Para los populistas no existe la verdad y la objetividad periodística. Los medios, al igual que otras instituciones de la sociedad, deben luchar por imponer la verdad del pueblo que no es otra que la del líder, marginar y atacar las mentiras del “establishment” y de las élites. Es así que los Trumpistas creen que hubo fraude, pese a toda la evidencia en contra de esta afirmación y muchos de los que están convencidos de las teorías conspirativas, quienes miran a Trump como el único que puede acabar con el poder de las élites corruptas, pedófilas y que adoran a Satanás.

Construyendo al pueblo

El pueblo como señala Ernesto Laclau (2005), es una construcción discursiva y una disputa entre actores políticos, movimientos sociales e intelectuales. Donald Trump, al igual que los populistas de derecha europeos, construyó al pueblo con criterios étnico-raciales y religiosos. El pueblo blanco de Trump se enfrenta a una serie de enemigos como los mejicanos, los musulmanes y los militantes afroamericanos. Durante la campaña electoral algunos de sus seguidores se sintieron con el derecho de atacar a los no blancos. En Boston por ejemplo, dos hombres blancos pegaron y se orinaron en un desamparado latino diciendo, “Trump tiene razón hay que deportar a estos ilegales”. En lugar de condenarlos Trump los justificó manifestando, “la gente que me sigue es muy pasional, aman a su país y quieren que este país sea grandioso de nuevo” (Lowndes, 2016: 100).

El pueblo de Trump también fue construido con categorías de género. La verdadera masculinidad es la de los que producen y viven de su trabajo, son honestos y pagan impuestos. La verdadera feminidad es estar a cargo de la educación moral de los hijos. Los hombres y las mujeres de color, de acuerdo con estas visiones, no trabajan y son parásitos que viven de la beneficencia estatal. A diferencia del pueblo noble

y cristiano que cree en la familia tradicional y en que Dios creó hombres y mujeres con cuerpos que determinan roles, las feministas y los grupos LGTBQ son tachados de perversos, que buscan dar fin a la verdadera familia. Estas visiones de lo que son la verdadera masculinidad y feminidad, y de las razas como portadores de valores morales, moviliza las pasiones de quienes luchan por restablecer la tradición y dar fin a los cambios de la familia y la sociedad, producto todo ello, de la secularización y de la democratización de construcciones binarias de las sexualidades y las razas.

Trump y la democracia americana

Trump polarizó un país que ya estaba profundamente dividido en campos antagónicos, lo cual se tradujo en controversias sobre los efectos de su presidencia en la democracia. Luego de su triunfo hubo un renacer de debates sobre las condiciones que permitieron el fascismo y si Trump es un fascista. El historiador Jason Stanley, señaló que los fascistas llegan al poder invocando un pasado mítico, a través de la propaganda, del antiintelectualismo, del despego de la realidad, la jerarquía, la victimización, ley y orden, la ansiedad sexual, apelando a la nación, desmantelando la beneficencia pública y la unidad (2018: 14-15). Si bien todos estos atributos pueden aplicarse a Trump, parece exagerado llamarlo fascista pues hay un consenso de que el fascismo fue producto de una coyuntura concreta: la crisis de la democracia en los años 20 del siglo pasado, la glorificación de la violencia y la banalización de la muerte luego de la Primera Guerra Mundial, la devastación de la Gran Depresión y el terror al comunismo. Los movimientos que se dieron luego de la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial son postfascistas. Douglas Kellner, por ejemplo anotó: “Trump ciertamente no es Hitler y sus seguidores no son fascistas” (2016: 20). Sin embargo, las acciones de Trump al no reconocer su derrota electoral y la validez de las elecciones, el paramilitarismo de algunos de sus seguidores, su racismo y xenofobia le acercan mucho al postfascismo.

El historiador Dylan Riley (2018), cuestiona las interpretaciones de Trump como fascista, señalando las limitaciones de este para construir un movimiento mayoritario. Argumenta que en lugar de atacar a la democracia, el trumpismo es más bien una inyección de insulina a una democracia moribunda basada en la tecnocracia. El incremento en la participación electoral en el 2020, da cierta razón al historiador, que no toma en consideración los efectos negativos de Trump en el sistema político, en la convivencia y legitimidad democrática.

Basándose en las experiencias del populismo en el poder en América Latina y Europa Central, Weyland y Madrid (2019), cuestionan las visiones apocalípticas por las que el populismo necesariamente lleva al autoritarismo competitivo. Señalan varios

factores que protegen la institucionalidad democrática en los E.U.: 1) el sistema federal y presidencialista de los E.U. se basa en la separación de poderes dificultando que Trump controle todos los poderes del Estado; 2) Trump no controla el Partido Republicano; 3) en un sistema político polarizado se dificulta que Trump sea apoyado por la mayoría de la población; 4) no enfrenta una crisis fácil de resolver y los problemas que lo llevaron a la presidencia como “la desindustrialización, la pérdida de trabajos bien remunerados no se pueden resolver rápidamente” (Weyland y Madrid, 2019: 6).

Visiones institucionalistas como las de Weyland y Madrid, no toman en cuenta los daños del trumpismo a la convivencia democrática y a la legitimidad de las instituciones. El uso del presidente de un lenguaje “racista, xenófobo e islamofóbico ha reconfigurado los límites de lo que está permitido en el debate público y, en las interacciones cotidianas (Bonikowski, 2019: 126). Con Trump retornaron el racismo, la xenofobia y el machismo sin tapujos a la esfera pública, con la intención de silenciar y atemorizar a los disidentes. Además, al cuestionar la validez de las elecciones y el respeto a sus resultados como la única forma legítima de llegar al poder, deslegitimizó una democracia en la que si bien estaban en crisis los partidos, los ciudadanos confiaban en las instituciones.

Kenneth (2016), señaló que el futuro de la democracia está en manos de las élites del Partido Republicano. Estas podían resistir o apoyar la transformación de su organización en un partido populista de ultraderecha basado en el racismo, la xenofobia, y el machismo. Si bien las élites republicanas no condenaron a Trump por incitar a la rebelión y la toma del Capitolio, el futuro de su partido es incierto. Puede ser que el partido quede en manos de la familia Trump y que los moderados sean echados, o que los sectores más moderados y menos ideologizados intenten recuperar el control del partido.

Conclusiones

La lógica populista, polariza a la sociedad en dos campos antagónicos en los que se enfrentan enemigos políticos. El populismo deviene en una lucha entre dos campos que ven al otro como un riesgo existencial. Si bien los populistas no necesariamente crean la polarización, una vez que llegan al poder la radicalizan politizando casi todas las interacciones sociales. En medio de la pandemia del COVID el uso de una máscara definió identidades políticas, pues los trumpistas se negaron a usarla y restaron importancia a la pandemia. Trump exigió que los burócratas, periodistas y todos los ciudadanos tomen partido por él, como la encarnación del verdadero pueblo americano o que estén en su contra. Los sectores más radicales de la derecha neofascistas fueron alabados por Trump y, muchos republicanos se radicalizaron

cada vez más. La resistencia a Trump se organizó en la sociedad civil desde el día después de su inauguración presidencial. Movilizaciones masivas de mujeres, a favor de regular la posesión de armas luego de matanzas en los colegios, a favor de la ciencia y sobre todo en contra de la violencia policial, caracterizaron los cuatro años de su administración. Los argumentos de que Trump era el verdadero pueblo, fueron respondidos por acciones que demostraban la diversidad de la población americana y su resistencia a ser encarnada en un político machista y racista.

La figura de Trump también unió a los diversos sectores de la resistencia en su contra. En las primarias demócratas triunfó Joe Biden, un político moderado que prometió dar fin a la polarización populista buscando transformar a los enemigos en rivales políticos. Logró imponerse a las propuestas de izquierda de Bernie Sanders, quien luego de su derrota hizo campaña por Biden. El reto del nuevo presidente es salir de la polarización, lo cual no será fácil con una oposición en manos de Trump y de un Partido Republicano radicalizado. A diferencia de América Latina en que los periodos postpopulistas se caracterizaron por la demonización del populista que mantuvo viva la polarización, Biden está embarcado en un proyecto de desradicalización y de busca de consensos. Para que funcione sus propuestas de reconciliación, tienen que darse cambios que reduzcan las desigualdades estructurales y que transformen a la policía. Ciertamente es un momento de optimismo, y se espera que se den reformas que no permitan el renacer del Trumpismo o de un movimiento similar.

Bibliografía

Bannon, Stephen

2018. *The rise of populism*. Rudyard Griffiths (Ed.). House of Anansi Press Inc. Ontario.

Bell, Daniel (Ed.)

1955. *The Radical Right*. Criterion Books. New York.

Bonikowski, Bart

2019. Trump's Populism: The Mobilization of Nationalist Cleavages and the Future of U.S. Democracy. In *When Democracy Trumps Populism: Lessons from Europe & Latin America*. Weyland, Kurt & Madrid, Raúl (Eds.). Cambridge University Press. New York.

Cillizza, Chris

2019. "Donald Trump's secret 2020 weapon". In *CNN Politics*. Recuperado de: <https://n9.cl/hzpq5>.

Cohen, Jean L.

2019. "Populism and the Politics of Resentment". In *Jus Cogens*, N°1.

Confessore, Nicholas; Yourish, Karen; Eder, Steve; et al.

2020. "The Swamp that Trump Built". In *The New York Times* (10 de octubre). Recuperado de: <https://n9.cl/lhugo>.

De la Torre, Carlos

2018. *Global Populism: Histories, Trajectories, Problems, and Challenges*. In *Routledge Handbook of Global Populism* (1st Edition). De la Torre, Carlos (Ed.). Routledge. New York.

Grattan, Laura

2016. *Populism's Power: Radical Grassroots Democracy in America*. Oxford University Press. New York.

Green, Joshua

2017. *Devil's Bargain: Steve Bannon, Donald Trump, and the Storming of the Presidency*. Penguin Press. New York.

Hochschild, Arlie Russell

2016. *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. The New Press. New York.

Hofstadter, Richard

1965. *The Paranoid Style in American Politics: And Other Essays*. Alfred. A. Knopf. New York.

1955. *The Age of Reform*. Alfred A. Knopf. New York.

Johnson, Jenna & Gold, Matea

2017. "Trump calls the media 'the enemy of the American People'". In *Washington Post. Democracy Dies in Darkness* (17 de febrero). Recuperado de: <https://n9.cl/izvx0>.

Judis, John B.

2016. *The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics*. Columbia Global Reports. New York.

Kampwirth, Karen

2010. Introduction. In *Gender and Populism in Latin America. Passionate Politics*. Kampwirth, Karen (Ed.). The University of Pennsylvania Press.

Kellner, Douglas.

2016. *American Nightmare. Donald Trump, Media Spectacle, and Authoritarian Populism*. Rotterdam: Sense Publishers. Boston.

Kenneth, Roberts

2016. Parties, Populism, and Democratic Decay: A Comparative Perspective on Political Polarization in the United States. In *When Democracy Trumps Populism: European and Latin American Lessons for the United States*. Weyland, Kurt & Madrid, Raúl (Eds.). Cambridge University Press Cambridge.

Krugman, Paul

2018. "Stop Calling Trump a Populist". In *The New York Times*. Recuperado de: <https://n9.cl/5l0f>.

Laclau, Ernesto

2005. *On Populist Reason*. Verso. London.

Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt

2018. *How Democracies Die*. Crown Publishing Group. New York.

Lowndes, Joseph,

2017. Populism in the United States. In *The Oxford Handbook of Populism*. Rovira Kaltwasser, Cristóbal; et al. (Eds.). Oxford University Press.

Lowndes, Joseph; Golder, Matt & Golder, Sona

2016. "Populism in the 2016 US Election" In *Comparative Politics Newsletter*, Vol 26, N° 2.

McIntyre, Lee

2018. *Post-Truth*. The MIT Press. Cambridge.

Moffitt, Benjamin

2016. *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*. Stanford University Press. Stanford.

Oster, Aaron

2016 "Donald Trump and WWE. How the Road to the White House Began with 'Wrestlemani'." In *The Rolling Stone*. Recuperado de: <https://n9.cl/q47j>.

Ostiguy, Pierre y Kenneth, Roberts

2016. "Putting Trump in Comparative Perspective: Populism and the Politicization of the Sociocultural Low". In *The Brown Journal of World Affairs* XXIII (1).

Peck, Reece

2019. *Fox Populism: Branding Conservatism as Working Class*. Cambridge University Press Cambridge.

Postel, Charles

2016. The American Populist and anti-Populist Legacy. In *Transformations of Populism in Europe and the Americas History and Recent Tendencies*. Abromeit, John; et al. (Eds.). Bloomsbury Press. London.

Riley, Dylan

2018. "What is Trump?" In *The New Left Review*, N° 114 (noviembre-diciembre).

Rosenberg, Matthew

2020. "Republican Voters Take a Radical Conspiracy Theory Mainstream". In *The New York Times*. Recuperado de: <https://n9.cl/8ww2>.

Skocpol, Theda y Williamson, Vanessa

2012. *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*. Oxford University Press. Oxford.

Stanley, Jason

2018. *How Fascism Works. The Politics of Us and Them*. Random House. New York.

Trump, Donald

2016. "Here is Donald Trump's Presidential Announcement Speech". In *Time Staff*. Recuperado de: <https://n9.cl/zndf>.

Weyland, Kurt y Madrid, Raúl

2019. "Introduction: Donald's Trump Populism: What are the Prospects for US democracy". In *When Democracy Trumps Populism*. Weyland, Kurt et al. (Eds.). Cambridge University Press. Cambridge.

Woodward, Bob

2020. *Rage*. Simon and Schuster. New York.